EL REY IUKANO

Y LOS

HOMBRES DEL ORIENTE

Leyenda indígena inspirada en los restos del "Códice Colombino,"

POR EL PROF.

ABRAHAM CASTELLANOS.

(De la Sociedad Indiana).

MEXICO.

A. CARRANZA E HIJOS, IMPRESORES

1ª Calle de Cincuenta y siete núm. 15.

1910

EL REY IUKANO

Y LOS

HOMBRES DEL ORIENTE

Leyenda indígena inspirada en los restos del "Códice Colombino,"

POR EL PROF.

ABRAHAM CASTELLANOS.



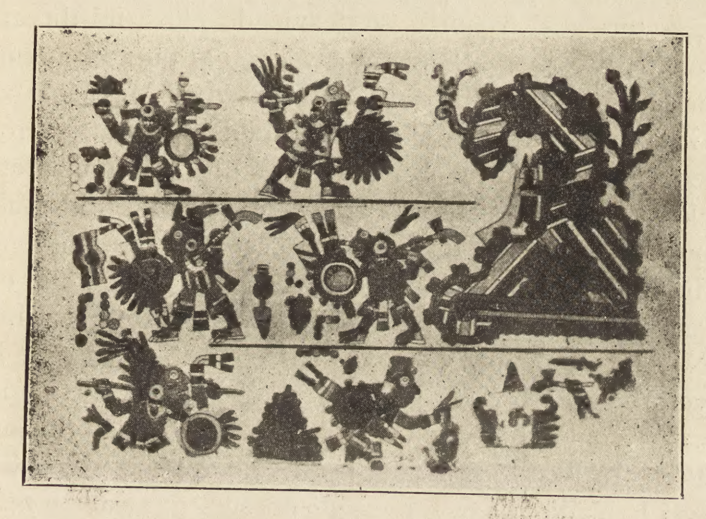
MEXICO.
A. CARRANZA E HIJOS, IMPRESORES.
1ª Calle de Cincuenta y siete núm. 15.

—

1910

AL LECTOR.

Querido lector: Aseguran los primeros cronistas, que los indios leían en sus libros de figuras, como nosotros leemos en el alfabeto fónico, y esto no es una exageración, ni menos se ha perdido la lectura, mientras



Ultima página del "Códice Colombino."
El ejército santo conquistando el oro de los cielos.

El cerro curvo es el ideograma del Coloacán, donde se oculta el sol (guía á la derecha), la luna (humo á la izquierda) y la estrella de la tarde (secciones del caracol marino dentro del Coloacán). El Coloacán (colotl, alacrán) es el ideograma de la constelación del Escorpión, y las dos flechas pegadas al cerro curvo son la luz del oriente. El símbolo dice que es el lugar donde las luces de oriente se juntan con las de occidente, el sol, la luna y la estrella de la tarde, y donde los reyes santos van á la conquista del oro (teocuitla) de los cielos.

haya una marcha científica que la siga. De la nación mixteca, no apuntaron los cronistas sino groseras fábulas, de manera que para interpretar el canto del sol que vais á leer, teniendo los restos del libro indio, cuyo original existe en el Museo Nacional de México con el nombre de "Códice Colombino," (1) he tenido que seguir la siguiente marcha:

1º Recorrer el país observando la raza.

2º Analizando el espíritu de la lengua hablada:

I. Comparándola con la escritura simplemente ideográfica;

II. Analizando la escritura simbólica, y

III. Siguiendo la escritura ideológica.

Estos tres principios filológicos entran en la escritura americana, y quien se desvíe de ellos, irá directamente al fracaso. El estudio *técnico* lo puse en manos de la docta corporación, la "Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística," para que la imprima y circule en los centros científicos del mundo. La interpretación vulgar es ésta; es la lectura del pueblo. Sin duda que falta mucho análisis, pero eso no es obra de un día ni de una vida. La ciencia filológica es muy extensa y el problema del *lenguaje humano* muy arduo. No está al alcance de todos los espíritus. En esta leyenda va parte de mi alma; pero soy de la misma raza y siento como mis hermanos de la región del sur. Por otra parte, he seguido la índole psíquica de su lengua hablada que es semejante en su organización morfológica á la índole de su lengua escrita. El trabajo presente, por lo mismo, no tiene más mérito que el de la paciencia india, y está escrito especialmente para levantar el espíritu de los indios, tan atenaceados en su

---

(1) El Códice original está raspado intencionalmente en sus capítulos más interesantes.

conciencia como explotados en su ser. Es un deber erguirse contra la tiranía, y dentro de cada línea, léase mi grito de protesta contra la brutalidad de los opresores.

México, 5 de febrero de 1910.

INVOCACION.

A la memoria de mi hermana Emilia.

HERMANA MÍA, espíritu sagrado: ¿Lo recuerdas? Hace ya tantos años que dos jóvenes vagaban por el país de los ñusabi, buscando las fuentes de la historia, y me parece que ha sido ayer, porque oigo tu voz; porque oigo tu voz y escucho los acentos de tu lira en señal de aliento, mientras me abismo en los profundos problemas que envuelven la historia de nuestra raza. ¡Cuántas veces, hermana, desde las cumbres de los cerros donde yacen las cenizas de nuestros antepasa-



Tzontémoc, simbolo del sol occidental.—Relieve del Museo.

dos, cantamos juntos la alegría de nuestros verdes campos y enviamos amoroso saludo hacia las faldas de la "montaña que brilla," donde duermen los seres queridos de nuestra alma. Aquellos viajes, aquellas meditaciones, me hacen perder la noción del tiempo. No fué ayer, hermana mía, es hoy, es este mismo instante. Mira: estamos en las cumbres del monte Albán. Contempla los extraños basaltos y los majestuosos monumentos. ¿Qué raza edificó tan imponentes moles? ¿Qué artistas esculpieron allí impenetrables enigmas? ¿Fueron los nuestros? Sí, hermana mía, mira bien. En los contrafuertes se mueven los airones de los terribles *mixtoviyi*, los gatos salvajes, los gatos–tigres, como los llamaron los tzapotecas, los terribles gatos que asaetaron al Sol desde las "tierras de lluvias." En la más alta pirámide, contempla á la hermosa Sahayuco á la falda del monte, con sus verdes nogueras, resto de la conquista de los bravos. A nuestros pies se extiende la avanzada Xoxo, donde tantas veces sonó el caracol guerrero como para recordarle al rey del Valle que los ñusabi estaban á las puertas. ¿No te parece divino el legendario Paragüito, allá en el montículo, á cuyo pie pasa culebreando el azulado río? Allí está la hermosa niña del morado lirio, aquella niña que en la callada noche baja por la montaña llorando la libertad perdida de su patria. Sí, hermana: sigamos por el camino de la vida; no fué ayer, es hoy, será siempre. Pulsa tu lira y hablen nuestras barrancas amarillas donde el cenzontle se esconde del calor del día, mientras asoma su faz la apacible reina de la noche, y ayúdame á cantarle á nuestro padre el Sol! Si alguna vez nos detuvimos fatigados al pie de los añosos encinos, y desde allí contemplamos el lejano horizonte, hoy, hermana mía,

quiero llevarte al país azul de los árboles de oro, donde no se cansa uno jamás, donde los guerreros tigres acompañan al Sol en su carrera. Sígueme, hermana del alma. Vamos camino de la verde montaña, donde el poderoso dios de los ñusabi mueve con su diestra el universo entero, mientras los hombres de la tierra caen de hinojos ofreciéndole sus aves y sus flores. ¡Pulsa tu lira, hermana mía, y ayúdame á cantarle á nuestro padre el Sol!

———



IMPRESIONES INDIANAS.

1o. de noviembre de 1909.

I.

Quetzalcóatl.—Son las seis de la tarde. En la falda oriente de los volcanes de México, el fondo del cielo está pintado de pálido azul; los últimos rayos del sol se despiden en lejanísimos horizontes, y el blanco lucero de la tarde se cierne sobre las nieves del Ix-

taccíhuatl. ¡Oh lucero! Paso á paso te sigue mi alma en la eterna carrera, é insensiblemente se transporta á aquellas felices épocas de la vida indiana, cuando, á esta misma hora, bajabas á consolar á los afligidos, tú, el dios bueno!

A la luz crepuscular te han invocado El rey afligido en sus querellas te ha dicho: "Señor, ya no puedo en este mundo con los males que diezman á mi pueblo!" "¡Ten paciencia!" le has respondido; sed religio-



Fragmento de Quetzalcóatl.—' Códice Colombino."

so y humilde, y sigue al occidente por el camino del cielo. Adiós, mortal! no desesperes de la bondad de los dioses, sigue tu camino, que yo voy, con la misma paciencia, vía del cielo, donde me espera mi padre el Sol. Voyme á Tlapallan la hermosa, donde reinan los celestes artífices. Llegaré algún día ...!" Y siempre te veo, divino lucero, que corres y corres hacia Tlapallan la hermosa, á la región donde nacen tus herma-

nos. Periódicamente sueles descansar bajo algún árbol divino del firmamento, y entonces cierras tus pupilas y te ocultas á los hombres de la tierra. Reparadas tu, fuerzas, emprendes de nuevo la fatigosa marcha. Ve- oh dios de la constancia, que la aurora con sus oleajes de arrebol te acompaña!

Pasan los años y los siglos, y tú no desesperas, porque el ser fuerte no debe desesperar jamás. Siempre eres grande y hermoso, mientras los hijos de la tierra, como las flores, viven y se marchitan en un día! Los hombres son tus hijos, y como buen padre, experimentado y sabio, les enseñas el arte de cultivar la tierra para producir todo género de sustento; les enseñas el arte de fundir los metales, á pulir la piedras preciosas, y sobre todo, la moral de la constancia, el culto de la esperanza y del trabajo; pero tus hijos, los que nacieron de una astilla de la misma naturaleza humana, llevan la ambición en el fondo de su alma, quieren alcanzar la felicidad completa á toda costa, luchan y se hacen viejos. Entonces tú, con la misma bondad de padre amante, les cortas el hilo de la vida. Eres hermoso como las plumas de quetzal ¡Salve, lucero blanco, tú eres el Tiempo!

¿Por qué los hombres te calumniaron? ¿por qué te han confundido con un aventurero hecho de carne y hueso, venido al acaso de allende los mares? ¿por candor ó por ignorancia? No me los explico ¡oh dios! (1)

Dejo á los impíos marchar por su camino, y te sigo silencioso entre los arreboles de la tarde, transporta-

---

(1) La leyenda que refiere que Quetzalcóatl fué un misionero blanco que vino á predicar doctrinas civilizadoras á América, no es más que una leyenda hispana. El rito de Quetzalcóatl como el dios bueno de la tarde, es antiquísimo, y se pierde en la noche de los tiempos. Quetzalcóatl es el Jesús de los americanos.

do mi espíritu á aquella feliz edad de la vida indiana cuando entre nubes nacaradas bajabas á consolar á los afligidos, tú, el dios bueno.

---

2 de noviembre.

II.

Ixtaccíhuatl.—Tibio amanece el día. Cruzo los campos con un grupo de amigos, observando los romos pedruzcos de basalto que alguna vez llevaron hasta la llanura las avalanchas y los torrentes. El sol comienza á elevarse, y ascendemos entre bosques de encinos á la falda de la montaña donde duerme la Señora Blanca!

Quiero tocar la albura de la nieve, sentir el aire frío en esa túnica helada que la envuelve. "¡Aún no es tiempo!" dicen las inmensas arrugas de la sierra, adornada majestuosamente por la soberbia flora americana.

Olorosas flores blancas y amarillas saturan el ambiente con un aroma dulce que se asemeja al liquidámbar ó á la *canelilla* de la costa. De entre la espesa y aromática maleza, robusto y severo crece el árbol de los dioses, el teocotl (ocote), con sus agujas de esmeralda simulando verdes penachos movidos por el viento, mientras que de las agudas piñas y de los brazos como opalinas lágrimas, se desprende la esencia que usaron los antiguos sacerdotes. De vez en cuando, en un claro de la selva, el joven oyamel abre sus brazos, y saluda al pasajero ó al infinito azul que está sobre su copa, ó el viejo, el orgulloso y sañudo alco-

lócotl, escueto é imponente, sobrepasa cinco ó seis veces en su altura á los gigantes de la selva. Así pasan las horas y el eterno caminar. El valle de Puebla á lo lejos, y los pueblos diseminados por doquier. Por fin la vegetación comienza á empequeñecerse y es prueba de que pronto terminará la ascensión.

El sol ha pasado la meridiana, declina ligeramente al ocaso, y de repente cambia el panorama! ¡Ahí estás, Señora Blanca! Una emoción profunda siente la caravana y alcanzamos así la región de las nieves.

Cada uno lleva su inspiración y su amor, y canta ó calla. Yo llevo mi culto aquí dentro de mi alma, y me voy á orar tranquilamente allá sobre la más alta roca que pudiera alcanzar.

¡Madre de los americanos, óyeme! He venido de lejanas tierras á hablarte por *mis hermanos los que gimen allá abajo, los que viven en la miseria desde que el hierro hispano brilló por los campos del Anáhuac*, y quedaron sometidos y encadenados por la misma teocracia indiana, no vencidos por los hijos del Sol. Tú lo sabes ¡oh blanca madre que duermes el sueño de los justos! Y lo sabe también aquel dios que baja jadeante á beber el agua de los mares, Tzontémoc. Los indios gimen y piden auxilio, nadie les ha tendido su mano salvadora; cayeron en su infortunio hace cuatrocientos años, y viven porque son fuertes, porque son pacientes y valerosos, porque así les enseñó el dios bueno. Despierta, Madre Ixtaccíhuatl y vela por tus hijos......!

Madre Ixtaccíhuatl: aquí descanso unos instantes sobre un blanco jirón de tu sudario. Miro á la distancia los millones de cardos que bordan tu blanco manto, y entre ellos el divino laguito de Chachoapam (el agua de turquesa), donde probablemente las almas

de los antiguos guerreros vienen á llorar sus tristezas: escúchales ¡oh Ixtaccíhuatl!

Recibe mi ofrenda de flores olorosas..... !

Me alejo pensando en mis hermanos, que ya Tzontémoc desciende á beber el agua de los mares, y pronto brillará el dios de la esperanza sobre el blanco cendal de tu sudario!

I.

EL PAIS DE LOS ÑUSABI.

DICE la leyenda que en las primeras edades del mundo, hubo una trinidad de orgullosos reyes en el país de los ñusabi. Eran á la vez sacerdotes y dueños del cielo y de la tierra, gobernadores de un pueblo religioso y trabajador, que cultivaba los campos y labraba las piedras preciosas, (las esmeraldas y las turquesas), que trabajaba el oro y la plata en caprichosas formas, saliendo de las manos del artífice, en pequeñas joyas, ora el águila altanera, ora el atrevido océlotl con sus ojos de fuego. Existía entre los ñusabi el genio del arte y de la ciencia. Obedientes, laboraban por sus dioses y por sus reyes.

Iukano (gran luz, día grande, primera aurora), era el jefe y sacerdote máximo, el más orgulloso de los reyes, el que tenía bajo su dominio las fuerzas de la naturaleza porque era el primer confidente del dios Sol; Ñu Kuá.—El sabio sacerdote–rey de la turquesa azul, que enseña el culto del blanco lucero de la tarde, y To Yoo, el rey que sigue al astro de la noche, en el hermoso país de los ñusabi. Estos reyes orgullosos en la opulencia, grandes en la desgracia, marcharon por el camino que el destino les había deparado.

Pero me diréis, ¿dónde está el país de los ñusabi?

¿Cómo es? ¡Ah! caro lector, me transporto á remotas edades y voy á decirte dónde está y cómo era.

En la parte sur de la hoy República Mexicana, el mar Pacífico bate con sus olas los negros arrecifes á los pies de altísimas montañas. Por las mañanas, el sol emerge de las salobres aguas, y por las tardes se oculta entre arreboles de carmín. En la noche, las estrellas asoman sus pupilas retratándose en las ondas, y suben por el infinito azul. Este singular país, estaba ceñido en la antigüedad más remota, por tres ríos, el Atoyac, al oriente, que dividía á los antiguos ñusabi de la poderosa nación tzapoteca; el río de las Balsas, al occidente y N. O.; y el de las Vueltas al norte. En esta extensa zona se erizan altísimas montañas, donde los linces desconfiados trepan en los cantiles, volviendo el ojo avizor á cada instante, con sus elegantes penachos en las orejas; allí donde el jaguar se lanza á perseguir al tímido venado, y las manadas de jabalíes corren con el estridente rechinar de sus colmillos; donde las parásitas enseñan al pasajero sus racimos, y el maguey salvaje sus flores amarillas. En esta extensa zona, hay vallecillos color de esmeralda, en cuyos centros culebrean las barrancas, donde anida el cenzontle americano, este matizador de la selvática música que canta á la naturaleza, con más belleza que el bardo con su lira cuando surge en el horizonte la blanca luna. Millares de jilgueros trinan á la vez en la espesura de los montes, y el águila orgullosa hiende los aires saludando al sol. En medio de esta naturaleza, entre las palmas de verdes abanicos, cuyos racimos muestran en el otoño sus preciados frutos, entre los encinos y los ocotes, saltando de peña en peña como el lince vivaz, recorrían en otros tiempos los bardos *ñusabi*, cantándole á las flores, al arroyo, á la nube, al rayo y al amor.

mientras en las cumbres más altas bullía un pueblo entero de hombres broncíneos, cuyos restos están hacinados en gigantescas tumbas.

Cuando los pasajeros cruzan por aquellas montañas, los monumentos monstruosos, colosales, los restos de los dioses detienen al caminante y parecen decirle:

"¡Oh mortal! Vuelve los ojos á los derruidos muros, contempla los cerros que en otros tiempos fueran la admiración de un mundo, ahí donde estaban los jardines de reyes y señores. Mira los escalonados camellones donde crecían los frutos de todos los climas, y si no te duele tanta grandeza perdida, pasa indiferente; pero si amas al hombre, entonces, pasajero, detén tu marcha consagra una lágrima á la memoria de los que fueron..!"

Pues bien, lector, á este país de los *ñusabi* (los hijos de la lluvia) transporto tu imiginación.

Veo en todo su esplendor los templos del Sol, de la Luna y de la Estrella de la tarde, cubiertos de mosaicos. Contemplo los juegos de pelota y los hábiles atletas, y á los sabios y prudentes sacerdotes siguiendo el curso de los astros. Escucho el estridente caracol, y miro las macanas y las flechas blandidas por nervudos brazos, mientras brillan en océano de luz, los múltiples colores de los airones indios formando oleajes irisados por las brillantes plumas. A este país, lector, quiero llevarte; sígueme, que voy á referirte una página religiosa de mi raza, de mis divinos antepasados, cuyos restos vagan por las agrestes montañas.

———

II.

ACHIUTLA.

En el centro del país *ñusabi* existen los descendientes de un antiquísimo pueblo llamado Achiutla. Dos cordilleras forman un valle al N. E. De estas cordilleras avanza un contrafuerte que se detiene á la mitad del valle. En el fondo, á la derecha y á la izquierda del contrafuerte, corren dos ríos, el uno sembrado en sus márgenes por añosos ahuehuetes en cuyas ramas vienen á posarse perezosamente las águilas. La cima del contrafuerte se llama en lengua *ñusabi*, Yuku Gandi, ó Monte del Sol, y, en efecto, en la parte más alta aún se conservan los restos del templo, á manera de pirámides truncadas según la usanza india. De la cumbre del monte y hacia el final del contrafuerte se encuentran los derruidos paredones, mansiones regias de otros tiempos, donde habitaron las dinastías de los hijos del Sol.

En el pequeño valle oriental, hacia la tercera barranca que baja de la sierra, cuenta una tradición que en la antigüedad había dos hermosos sabinos á la orilla de cristalina fuente. Las hojas movidas por el viento caían sobre la superficie de las aguas, y mansamente eran llevadas por las ondas. Las hojas se detenían en las riberas entre blancos lirios, y al tocar la tierra se trans

formaban en bravos guerreros, en hermosas doncellas y en un pueblo trabajador. De dos ramas desprendidas de la copa de los añosos sabinos, nacieron los dos príncipes, hombre y mujer, de quienes, en el transcurso de los siglos, descendieron aquellos célebres capitanes, guerreros y sacerdotes que fueron el orgullo de los hombres y de los dioses.

En las cumbres de las montañas se ven aún los ci mientos de aquellos antiquísimos pueblos, cuya edad se pierde en la noche de los tiempos. Los templos del Sol, de la Luna y de la Estrella de la tarde, sobresalen de entre las cumbres de las montañas con sus cortes geométricos, y en los lugares donde estuvieron las casas, las tumbas y los árboles, se encuentran hacinamientos de restos humanos, objetos de arte, y primorosos asuntos de mitología.

Del centro primitivo, dice la tradición que se extendieron los ñusabi en todas direcciones, llevados por sus intrépidos capitanes á la conquista de las tierras que fueron á la vez el núcleo de nuevos imperios, cuando ya no sustentaba tantos hombres la madre patria; pero los nuevos imperios con sus legítimos soberanos, siempre reconocieron como centro principal el lugar legendario de los antiguos. Así se constituyó el reino Tilantongo, cuyos últimos soberanos alcanzaron las épocas modernas.

El primer rey de Tilantongo, dice la leyenda, llegó procedente de Achiutla, atravesando con su pueblo al ta cordillera limítrofe, y llegado que hubo al centro del valle, donde se levanta un cerrillo negro, gritó con al tivez provocando á singular combate al mortal que se creyera con derecho á esas tierras inhabitadas, y que no habiendo respondido nadie, solamente el sol le miraba en occidente con su disco de fuego, por lo cual

lo tomó por enemigo, y sacando las saetas del carcaj, tendió el arco y silbó la flecha al occidente. El Sol entonces ocultó su disco detrás de las montañas, y el atrevido rey tomó posesión de las dilatadas comarcas que formaron su vasto imperio.

Así se formó el reino de Tututepec, en antiquísimos tiempos; así el gobierno de Coixtlahuaca, cuando fué sojuzgada la raza de los chochos. La conquista, el dominio, son las características de la raza; pero la obediencia al centro es el distintivo. El pueblo ñusabi formó una confederación cuya antigüedad es remotísima.

Los ñusabi eran considerados como los vencedores del Sol. Dicen los historiadores que la consideración se debía á la tradición de Tilantongo; pero creo que esto es debido á que ellos, en efecto, vencieron al Sol; pero la victoria es simbólica, y se refiere al descubrimiento de la cronología combinando el año solar con el año astronómico, y cuyo secreto, hasta los últimos tiempos ha quedado en el corazón de los indios. Este gran descubrimiento hizo que se mirara á la raza con todo respeto, como representante del valor y de la ciencia, hasta el grado de creerla invencible. Así fué que cuando alguna vez, los pueblos de la Mesa Central triunfaron en singular combate de los *ñusabi*, se creyeron los pueblos vencedores favorecidos por el astro-rey. Pero había una tradición tremenda, que existía en el corazón de todos los pueblos del Anáhuac. En remotísimas épocas y de tiempo en tiempo, después de miles de años, vendrían hombres del oriente y se apoderarían de la tierra. Esto tendría que ser porque así estaba profetizado por los sacerdotes interpretando los antiguos oráculos. Esta era una verdad, y el asunto principal de la religión ñusabi. Así habían venido los

primeros conquistadores, y así tendría que suceder en adelante. Los decretos de los dioses siempre cumplidos, y el hombre sometido á su eterna voluntad. Tal es la relación que sigue.

III.

LOS YOSONDUA.

Misteriosos viajeros se acercan al palacio. Ascienden á la falda del monte convertido en espléndido jardín, y en los claros, aparecen los ricos viajeros brillando al sol su pedrería. Desde las murallas los neófitos ven aquella maravilla. Nunca viajeros más apuestos llegaron así.

Ñu kuá, el sacerdote de los cielos y del Lucero de la Tarde estaba cerca del altar de los sacrificios. – "Señor"—dice el neófito:—"á las puertas del templo llaman dos potentados de las tierras bajas, dos misteriosos *yosondúa*, el uno cubierto con el brillante ropaje del tigre y adornado con azules piedras, y el otro de hermoso traje moteado con los signos del humo." — "Dadles paso"—dice el Gran Sacerdote, y los *yosondúa* penetran al sagrado recinto con las ceremonias de estilo. El rey de la tierra los recibe de pie, y los viajeros inclinan la cerviz en señal de humildad y de paciencia. No hablan, y el sacerdote interrumpe su silencio:—"Viajeros poderosos, ¿de dónde venís? Por vuestro noble aspecto, por vuestro afable y enrojecido rostro, parecéis enviados de nuestro Padre el Sol; pero por ventura, no sois unos falsarios? ¿No sois unos hechiceros con apariencia humana y así llegáis á nues-

tro imperio á pedir hospedaje? Responded: os conmino en nombre de los dioses.

El primer yosondúa dijo:—"Yo soy IAKUEÑE, (kueñe ita) el tigre, y vengo con Yuku-má, el monte que humea, en nombre de los dioses. Llegamos, Señor, del pie del cielo donde brota nuestro Padre el Sol, y vamos á través de las edades, porque así lo dispusieron los dioses hacia el punto donde brilla el Lucero de la Tarde. Llegamos de Ñu Andehui, el pie del cielo, y vamos en busca de la preciada flor, nuestra patria, Hijos del Sol, de nuestro buen Iandí tocamos tierra y tuvimos hambre. Por la fuerza nos apoderamos de los graneros para defender nuestras vidas ya en los lindes de vuestro vasto imperio; pero ¡Oh Gran Señor de estos dominios! no creáis que somos seres malos. Supimos dónde estaba el asiento de vuestro poder, y encaminamos nuestros pasos por el más hermoso río que ojos hayan visto, por Yuta Gandi (el río del Sol), donde á la sombra de los grandes árboles llegan á descansar las águilas, donde los pájaros cantan su ventura bajo las frescas ramas, y por fin, hemos llegado hasta la regia mansión, á pediros la hospitalidad de los dioses para nuestro numeroso pueblo. Concedednos, Señor, este favor; somos piadosos."

—"Misteriosos viajeros,"—dice el sacerdote rey,—"Sois unos impostores, sois unos hechiceros,"—y empuñando en la diestra los símbolos del poder,—"ved," —les dijo,"—aquí están mis armas y por enemigos os tomo. Con la ayuda de los dioses, destruiré vuestros ejércitos, porque no sois los hijos de nuestro Padre el Sol. Id lejos de esta mansión sagrada donde vivimos en paz con nuestro pueblo y no penséis en poseer ni una mota de tierra."

Los hijos del Sol salieron del templo fiados en su

valor y en los horóscopos, mientras los viejos y orgullosos sacerdotes fueron al altar á hacer sus abluciones sobre las cenizas de sus antepasados.

En verdad, aquella trinidad de hoscos sacerdotes ya sabía que los hombres llegaban del oriente, por las relaciones que hicieran los viajeros de las tierras bajas y porque la tradición lo aseguraba. Iukano había invocado al Sol, su dios y su poder; Ñu kuá á la Naturaleza y al Lucero de la Tarde, y Ñu Yoo, al Astro de la Noche; pero el sol parecía indiferente y severo, la aurora vespertina, siniestra con el apacible dios; el astro de la noche silencioso, y la tierra toda indiferente y callada. ¡Cuántas veces To Yoo escuchó en las barrancas el canto del cenzontle con un amor que entristece el alma, mientras la luna subía tranquila en el oriente, y cuántas veces los celajes amarillos vinieron á turbar su corazón! Solamente el orgulloso Iukano, vagaba por las estrechas callejuelas del palacio, preparando los planes para repeler la invasión

Mas el alma de los pueblos, que presiente la venturanza ó la desdicha, comenzó á agitarse con siniestros temores, y cada aspecto del cielo era un presagio, y cada susurro de las hojas un indicio. El murmurio de la fuente y el retumbar del trueno; el canto de la alondra y el graznar del cuervo al atardecer el día, la naturaleza misma, la montaña seca, y el bosque de hojas amarillas, el sol ardiente y el cierzo helado, la negra sombra y el quejido del buho, todo parecía decir: "Los hombres del oriente llegan!"

Los dueños de la tierra, son gigantes y fuertes. Los invasores pequeños y débiles habían llegado del Gran Río (Yuta Kano) donde el cielo se junta con la tierra. Eran hombres del mar, eran piadosos. ¿Quién podría contrarrestar la voluntad divina? El pueblo sentía ese

horrible calosfrío de los vencidos. Solamente el alma de Iukano no se abatía. Por la piedad ó por la fuerza debía vencer. Con su orgullo se sentía tan fuerte como los mismos dioses. Los templos se vieron abastecidos de ofrendas en todo el imperio, y mientras más ruegos y plegarias se elevaban al cielo, los espíritus de los antepasados llegaban en tropel á la mente del Gran Rey, como esas mariposas negras que aletean en la semiobscuridad del crepúsculo.

¡Oh dioses! Los hombres blancos vienen del oriente, líbranos de su poder y de su fuerza. Son los soldados de nuestro Padre el Sol!

IV.

LA PATRIA DE KUEÑE-ITA.

NEGROS pasan los días. Kueñe-ita (Iakueñe) y Yuku-má dirigen sus pasos hacia el oriente en donde están acampados sus numerosos compañeros. Vuelven por el Río del Sol, en el fondo de profundas cañadas donde sólo llega la meridiana luz, donde convergen altísimas pendientes tapizadas de gigantescos árboles, donde muchas veces los acantilados, altos de trescientos metros, parecen desplomarse sobre el abismo, y donde el hombre mide su pequeñez, y es más reina de la Naturaleza la diminuta rapaz, el águila enchinada que como punto negro se proyecta en el fondo del infinito azul. Por ese camino va Iakueñe. De vez en cuando los sacerdotes se detienen á considerar su suerte. "¿No somos nosotros los enviados del cielo? ¿No somos nosotros los hijos de nuestro padre el Sol? ¿No allá en nuestra querida patria que dejamos por la divina voluntad, nos enseñaron la sagrada ciencia para predicarla al mundo, el culto de la madre tierra y el culto de los muertos, la ciencia de la guerra y el culto de Iakano (Totec, el sol naciente), el movimiento de la luz que todo lo anima, la formación de la noche con sus augurios y oraciones, y la cuenta y eterna sucesión de los tiempos? ¿Por qué entonces, los

hombres orgullosos de la tierra lo quieren impedir, ya sean reyes ó semidioses? ¿Ellos mismos no saben que así lo ha determinado la divinidad? ¿Retroceder? Es imposible. Jamás los hijos del Sol vuelven la espalda. Vencer ó morir es nuestro destino. Veamos lo que la suerte nos depara."

Así, después de un largo camino llegan á las tierras bajas, donde Du Año, el espíritu de la muerte, los espera con sus bravos guerreros. Los capitanes piensan sobre el partido que deben tomar, sin ponerse de acuerdo.

Tienen una revelación en sueños, han vuelto al país de las delicadas flores, han vuelto á su patria.

Más allá de Ñu Andehui, dice la leyenda, en medio de los mares adonde brota nuestro padre el Sol, hay un país de eterna primavera; la tierra es azul, los árboles de oro: de ahí es Iakueñe. El país de los valientes y los bravos, donde millones de guerreros acompañan al Sol en su carrera, de ahí es Iakueñe. ¡Ay de los esforzados que atrás se quedan! Más allá del país azul y los árboles de flores de oro, la región es negra, muy negra, y los valientes que se retrasan tienen que encender antorchas para alcanzar las regiones de la luz; pero nunca cobardes vuelven la cara atrás. Son temerarios é invencibles: de éstos es Iakueñe.

En el límite de la región de la luz y de la sombra, hay siete cuevas donde suelen descansar los dioses. La primera es la del águila, de donde sale la rapaz terrible de enchinadas plumas en medio de las oleadas de la luz, y orgullosa recorre el jardín de los árboles de oro. La segunda es la del tigre, patria de Iakueñe. ¡Oh país mil veces más hermoso que todos los sueños de los hombres! Ahí dejo soñando á nuestros héroes, mientras los orgullosos reyes de la tierra ofrecen todo

género de sacrificios á los dioses para repeler á los hombres del oriente. Van descalzos por inaccesibles caminos, y ofrecen flores y aves, incienso y vino; pero los dioses permanecen mudos!

¿Cómo es posible que hombres extranjeros les quiten su poder? ¿No son ellos los escogidos de nuestro padre el Sol? ¡Alístense los ejércitos de caballeros águilas, marchen al encuentro de los temerarios, el poder todo lo vence, dicen los reyes de la tierra; pero el alma de los pueblos está triste, y los genios no hablan en los templos!

V.

EL SUEÑO DE LOS HEROES.

VIERON en sueños que habían llegado á su antigua patria, el país azul de las flores de oro. Llegaron al norte donde reside el Ino Andehui, el corazón del cielo, donde este gigante tiene bajo su dominio todo el Universo.

Iakueñe y Iukumá, piadosamente van al país de los muertos. La tierra es rugosa y áspera; pero muy extensa. En la parte más alta, un inmenso árbol cuyas ramas verdes y sus flores de oro se abren en cruz. En el viejo tronco, hay un ojo que brilla y que siempre está inmóvil.

"¡Señor, oh dios Corazón del Mundo, brazo poderoso que mueves el Universo, aliento de la vida, padre de los hombres, escúchame! He sido enviado al país de los ñusabi, á la tierra de lluvias y neblinas por nuestro padre el Sol, para cumplir con el destino; pero los reyes orgullosos de la tierra, me niegan la hospitalidad y desafían mi poder. Yo soy piadoso, no derramo la sangre de mis hermanos por vanidad ó por ambiciones bastardas; pero el ejército enemigo se prepara. ¡Oh genio, Corazón del Mundo, ayúdame!"

El Dios Corazón del Mundo, baja majestuosamente de la verde montaña. Lleva en la diestra por escu-

do un sol. Preciosas piedras forman su tocado y telas de carmín su regia clámide.

Iakueñe presenta sus ofrendas y Yukumá, espantado contempla tanta grandeza. El dios recibe el homenaje y exclama:

"Hijo mío: has ido al país de los ñusabi, por la voluntad de los dioses, y seguramente que ellos te ayudarán á cumplir los horóscopos; no importa que apeles á la fuerza. Los que llamas tus enemigos son tus hermanos; también ellos, alguna vez, vivieron en nuestra querida patria, en la "gran cueva del águila;" pero lejos de aquí, aunque no se han olvidado de la piedad, en el corazón de sus reyes crece la planta de la vanidad y del orgullo. Los dioses te envían á tu nueva patria para castigar esos vicios del alma. Los reyes de la tierra serán perdonados si se arrepienten, y serán felices algún día. Iakueñe, Yukumá, vuelvan al país de los ñusabi. ¿Veis este árbol, siempre verde, cuyas ramas se pierden en el infinito, luciendo en el espacio sus doradas flores? Es la planta del divino alimento. Por ella los dioses viven, su sangre es dulce, su carne es blanda, su aroma suave y bajo su sombra vive la inmortalidad. Pues bien, Iakueñe, vuelve al país de los ñusabi, tu nueva patria, ahí crece la planta, cultívala y adórala. Ella salvará á tu numeroso ejército. De su jugo sacarás la dulce miel, de su fermento el licor de los dioses y de los ancianos, el licor que retorna los sueños de la juventud, que hace fuertes á los viejos y devuelve la vida á los moribundos. Vuelve, Iakueñe, al país de los ñusabi, con la sagrada planta vestirás tu ejército, en sus hojas escribirás tu historia, y contarás la sucesión de los tiempos. Levántale templos y en ella adora á la tierra y á los dioses, porque ella misma es piadosa y abre sus brazos

hacia su padre el Sol...." El dios despareció misteriosamente. Iakueñe y Yukumá caminaban por una tierra plana. Aquel con el sagrado bastón, símbolo del fuego de los siglos y con el escudo del dios del aire que vuela en occidente; éste con el atllatl tomando posesión de las tierras y haciendo sacrificios á la divina planta....

Así soñaban, cuando un rumor como rumor de mar vino á despertarlos. Estaban en la tierra y era el instante en que el sol aparecía por el oriente con su disco de fuego. Se refieren sus sueños y convienen en que son una revelación de la divinidad. ¡Vencer ó morir! ¡Guerra al occidente! Inquietos los caudillos salen de la tienda que los ampara. Aquel rumor como rumor de mar es el grito del ejército entero: "¡Yahui! ¡Yahui!" (La planta sol). Habían encontrado el alimento. Y en efecto, la tierra es verde, los cantiles negros; pero á trechos, semejando inmensas esmeraldas, la planta carne abre sus brazos hacia el sol, y el ástil puntiagudo con sus flores de oro esparce el aroma por los campos. El paisaje es hermoso. Verdean los cerros con los penachos del ejército, los pájaros cantan su himno á la naturaleza, los negros cantiles parecen desplomarse, el águila audaz hiende los aires saludando al sol, y la tierra es un tapiz de flores rojas—ita kueñe—amarillas y blancas, cuyos pétalos manchados se agitan de placer. Son las flores del tigre (cacomitl) que saludan al héroe.

¡Yahui! ¡Yahui! Grita el ejército como rumor de mar. ¡Vencer ó morir! La planta carne salva, conforta, ayuda. Los héroes vagan absortos. Ven en su imaginación el país azul de los árboles de flores y de oro, y allá en el norte el gigantesco dios que mueve el Universo.

VI.

ASALTO DEL TEMPLO DEL SOL.

DECIDIDOS los héroes para el avance, dió la orden Iakueñe á los capitanes acampados en todas las montañas vecinas, y aquella masa de hombres empezó á moverse lentamente durante días y días, y refiere la tradición que era tan numeroso ese ejército, que los cerros brillaban en el horizonte con los airones de los hombres, como un lejano mar de esmeralda moviendo apaciblemente sus ondas.

El ejército invasor iba abriéndose paso entre los pueblos atemorizados que no oponían resistencia, y fué acercándose así hasta la gran capital donde vivían los despóticos reyes del lugar. En todo el camino, los hombres del oriente hacían sus ceremonias religiosas y fundaban templos. *Ita nu yahui*, (botón de flor de maguey) que representaba al cielo y á la tierra; *Yuko yahui*, (Monte del maguey); Nu Andehui, el árbol del cielo de las flores de oro; Yuko Yuchi, el monte de los cuchillos donde se hicieron sacrificios, y así en adelante, los principales capitanes pidieron los horóscopos á la aurora, al cielo y á la tierra, y los horóscopos siempre les fueron favorables.

Siete eran los capitanes que llegaron hasta las murallas de los soberbios reyes. El viajero que tocó á las puertas, el del culto de Yahui, el sacerdote del culto de los antepasados, el de la cuenta de los siglos del

blanco lucero de la tarde, el astrónomo de la cuenta de los siglos en los movimientos del sol, el terrible sacerdote de la guerra y el que observa las estrellas de la noche. Todos llegaron en son de paz á conjurar los espíritus fuertes que defendían los templos de los reyes, mientras el ejército de caballeros tigres se extendía por las montañas.

Los reyes de la tierra se hallaban en el templo mayor, centro de la sabiduría, de la religión y de su poder. Los palacios rodeados de altísimas murallas, valientes guerreros águilas sobre ellos. En el recinto sagrado los hechizos y conjuros. ¿Quién se atrevía contra tanto poder? El templo mayor estaba protegido por el dios celeste, la constelación del águila india contadora del tiempo, por el genio del lucero de la tarde, por los espíritus de los antepasados que se agitaban inquietos en el espacio, por el dios de la luz y el genio de la guerra. Aquí se celebraron las más grandes ceremonias y se contaron los tiempos. ¿Qué quejas tenían los dioses? ¿Por qué querían expulsarlos de sus tierras? Es verdad que la tradición decía que alguna vez vendrían los hombres del oriente á conquistar el suelo; ¿pero no eran demasiado fuertes, ellos, los dueños de aquel vasto imperio á donde á su sola voz se movían los pueblos porque eran dueños de vidas y haciendas? ¿Y no tenían escogido y valeroso ejército en las lejanas murallas que defendían los recintos sagrados? ¿Qué importaba que los montes se cubrieran de aquel hormiguero de enemigos, si á la primera salida de los "caballeros águilas" los soldados más temibles del mundo, los extranjeros huirían acobardados y serían sujetados al tributo? ¿Qué importaban esos siete capitanes que pedían la rendición? Así pensaban los dos reyes más soberbios, Iukano y Ñu Kuá, mandando una

negativa á los falsos sacerdotes que reclamaban la rendición.

Los valientes defensores alistan sus armas y Iakueñe siente el ardor bélico que corre por su sangre. Ya no es el piadoso viajero de la brillante pedrería. En la frente cíñese la corona de oro en señal de supremo poder, recorre el frente de su ejército incitando al combate, y todo el ejército de los caballeros tigres se lanza al asalto.

Terrible es la lucha sobre la más alta cresta del monte, en Yuku Gandí, (el monte del sol) hasta que el monte del sol y de la luna caen bajo la fuerza de su lanza. Enciéndese la guerra en todo el país, porque de boca en boca la noticia vuela. Habían sido profanados los templos del Sol y de la Luna. Pero el ejército de Iakueñe se lanzó como huracán devastador, y después de encarnizada lucha, conquista las veinticuatro más grandes ciudades que por entonces contenía el imperio.

Iukano y los caballeros águilas se sostenían en la capital del imperio y los caballeros tigres empeñaban sangrientos combates.

———

VII.

LA CONQUISTA DEL AGUILA.

El último reducto era el templo del Aguila, el más fuerte de los templos, y el más difícil de asaltar, por cuanto á que el águila era el dios protector de la casa imperial á cuya sombra vivían la religión y el pueblo.

En la antigüedad, cada raza vivía bajo el amparo de celestes dioses, los antiguos ñusabi cifraban su fuerza en el águila que cierne sus alas en el espacio, (Constelación del Tauro) y vuela majestuosa del oriente al occidente, sin que nadie le impida su carrera. Solamente Iakueñe era el atrevido mortal que se arrojaba á atacar el sagrado recinto de la tierra.

En el templo del águila está Iukano y los demás sacerdotes con lo más florido del ejército, los caballeros águilas que se parapetan en las fuertes y altísimas murallas. En el día corren blandiendo sus lanzas y macanas sobre los fuertes muros, y agitan sus dorados plumajes en señal de rabia, ó mueven los filosos picos en cuyo centro sale de vez en cuando con irritados ojos la cabeza colérica del guerrero. Algazara infernal se escucha á cada nota del estridente caracol que suena aquí y allá, ora en sonidos cavernosos y lúgubres, ora en chillona nota que enardece el corazón de los viejos guerreros.

Más allá, abajo, sentados en sus cuartos traseros,

están los "caballeros tigres" esquivando las piedras que vuelan por el aire, amparados por los viejos encinos de la selva. Corren á saltos con sus moteados cuerpos y abren las fauces respondiendo á las amenazas de los águilas. Ni los unos ni los otros cederán; pero los tigres son astutos y valientes, jamás han vuelto la cara al enemigo, y cuando sean envueltos en las sombras de la negra región, ellos, los poderosos, sabrán encender antorchas para alcanzar la patria de la luz, el país azul de los árboles de oro.

En la noche, los exploradores avanzan sigilosamente, arrastrándose entre las malezas, y siempre son fatales las noticias que llevan al Gran Rey. "Señor, las gentes amarillas nos cercan por todas partes, por el monte y por el río, por todas partes hay gentes amarillas." (1)

Iakueñe recorre el frente de su ejército. Hechos todos los preparativos, y siempre con las ceremonias religiosas de la raza, cierta noche suena el caracol guerrero por los montes, y las gentes amarillas saltan de las malezas como un solo hombre y brincan por las murallas como los gatos salvajes por las peñas. Infernal gritería se pierde en el horizonte. Los "caballeros tigres" y los "caballeros águilas" se baten desesperadamente; el incendio alumbra espectáculos atroces, vuelan las corazas de uno y otro bando, corre la sangre como rojos arroyos, y los ayes de los moribundos son llevados por el viento, mientras los buhos, los siniestros buhos, atraídos por la luz del incendio, tristemente cantan con sus lúgubres octavas en la negrura de los bosques. Todo parece decir: "¡El poder de

---

(1) ......uta y cosa...... yuku ti ñuco nuni tiquaa ..... (Anotación del Códice en caracteres alfabéticos).

Iukano ha terminado!" Por fin, entre el tumulto abrumador, los "caballeros águilas" se rinden, y sus generosos hermanos les tienden los brazos. Desde entonces los "caballeros águilas" y los "caballeros tigres" fueron el brazo fuerte de Iakueñe, y Iakueñe, el gran capitán enviado por los dioses, pudo reinar soberanamente en el país de los ñusabi. Las colonias de guerreros avanzaron libremente al norte, al sur, al este y al oeste. Levantaron gigantescos templos al Sol, á la Luna y á la Estrella de la Tarde sobre las cumbres de las más altas montañas, y sus sacerdotes pudieron consagrarse al culto de los astros y de los genios de la tierra.

¿Qué fué de los orgullosos reyes? No fueron encontrados en los templos. En todas partes se preguntó por ellos, solamente un rumor lejano dijo que en un camino extraño sobre las heladas cumbres del Yahui (1) vieron á un rey viajero en cuyo semblante la pena se veía, tan triste como la naturaleza toda. Sucedía esto en el año divino marcado con siete templos.

Iukano viaja hacia el templo de Yahui (la planta sol). Con los sacrificios á los dioses intenta recobrar su reino. Va triste. A la espalda lleva los vasos sagrados y en la diestra el bastón del penitente.

---

(1) Yua mini Yahui.... (Anotación del Códice).

VIII.

DEVOLVEDME MI REINO!

Pobre Iukano, peregrino de su propia patria, en la región de las cuevas santas. A la mitad del monte de Yahui hay un templo primorosamente ornamentado por los antiguos artífices, á él llega el ex-rey á la luz del crepúsculo. Ha cortado hermosas flores de maguey que ofrece rociadas con gotas de sangre del pabellón de sus orejas, según los ritos. "Señor, dios de estos lugares," dice, "devolvedme mi reino!" Y una voz, á la manera de eco, le responde, allá en el fondo de la caverna: "¡Marcharás entre ocotales!" (1) "¿Qué dices ¡oh poderoso dios! ¡Oh flor fuerte de Yahui! ¡Marcharé entre espesos ocotales, es decir, no recobraré mi reino!" Los sollozos hacían gemir al monte. Las débiles plantas tristemente se mecían al calor del sol, mientras la roja venturilla locamente agitando las alas en el aire, "¡Sañá! ¡Sañá!" decía; "aléjate, Señor; aléjate, Señor!"

El eco de los sollozos atrajo á los otros reyes, que también por misteriosos caminos llegaban. Fueron al sitio donde brotaba cristalina fuente dedicada á la luz de la mañana; y allí un sacerdote habló á los dioses del lugar: "¡Genios de la cristalina fuente, devolvednos el reino!" La voz sagrada llega hasta las pro-

(1) Sani titi...... (Anotación).

fundidades de la fuente; los genios del lugar se agitan y el lejano eco responde: "¡Caminante, sigue por los verdes ocotales, por las aguas corrientes que este río te señala y busca los oráculos en la cueva sagrada de los corazones!"

Los sacerdotes marcharon siguiendo el agua de la fuente, y pasaron muchos días entre ayunos y oraciones, hasta que al fin, la montaña sagrada aparece á á sus ojos, y una pequeña boca, tan pequeña que apenas da entrada á un solo hombre, indica que están á las puertas del maravilloso templo. La montaña estaba cubierta de ocotes, la planta sagrada de los dioses de cuyas ramas se desprenden opalinas lágrimas.

Entran los sacerdotes á la divina montaña en cuyo centro hay peñas terminadas en picos, las estalactitas y estalagmitas formadas por el eterno caer de las gotas de agua. Allá en el fondo, después de salvar abismos entre la densa obscuridad, aparece el altar de los dioses. "¡Genios de estos sitios! ¡Señor de estos dominios, devolvednos nuestro reino!" Dicen los sacerdotes, y el eco retorna de las profundidades de las cuevas como expresando en lengua extraña por lo confuso del sonido: "Iréis con vuestro pueblo por los montes de alacranes y gigantescos árboles y llanos jabonosos á donde se duerme nuestro padre el Sol!" (1) "Iréis antes á la cueva helada y fría, en el río del Señor donde vive el pueblo que canta!" (2)

"¡Oh dioses!" dicen los ex-reyes peregrinos, ir derecho hacia las nevadas montañas, pasar por los montes donde habita el pueblo que canta para llegar al

---

(1) Sañu yucutiyuchi ysñu yosonama-niti Iam, a hua a yuayuta cuta niqui ñu da...... (Anotación del Códice).

(2) Cuicatlán.

país de los magueyes (1) y más allá nuestra preciada flor, nuestra patria, ¡oh crueldad del destino. . . . !"

En esto, rojiza luz ilumina el espacio súbitamente, truena el rayo, y la faz del terrible dios de las lluvias aparece en el fondo á la luz del relámpago. Los sacerdotes vuelven la cara hacia donde brilla una pequeña luz semejante á lejana y blanca estrella, la boca de la cueva que está á la falda del monte. A tientas se agarran de las duras estalactitas, que se iluminan con los colores del iris cuando algún rayo de luz viene á herir sus facetas. Tiémblanles las piernas, el frío es intenso, por fin llegan á la entrada del templo, el cielo está azul y los gigantes ocotes mueven sus penachos muellemente, mientras algún tirano inquieto, la roja venturilla sobre débil rama, "¡Sañá! ¡Sañá. . . !" repite en doloroso canto: "¡Aléjate, Señor; aléjate, Señor!"

Los viajeros van tristes. Al otro lado de la montaña hay un lugar santo donde todo convida á la meditación. Iukano y Ñu Kuá, frente á frente con la majestad de sacerdotes; pero Iukano con el temple y la soberbia de otros días exclama: "¡Ya lo ves, mi amado Ñu Kuá, los hados nos son funestos, y no hay remedio, sólo un camino de salvación nos queda, *que el hacha de oro se manche con nuestra roja sangre ó que la soga estire aquí nuestros sagrados cuellos!* ¡No hay remedio, Ñu Kuá!" Y Ñu Kuá, revistiéndose con la energía de otros tiempos, pues en aquel momento pareció hermoso como el dios Sol cuando nace en el oriente, "¡Teme á los dioses, Iukano, teme á los dioses!"—exclamó,—"Sigamos el camino que el destino nos depara, y sobre todo, piensa que no se han agotado los recursos divinos." "¡Tienes razón, hermano, di-

(1) Ndoyunuu yaa-Sa yucut .... iuco-Yata tina-nuyahui yuu ita yu.

ce Iukano, sigamos adelante!" Y los sacerdotes quedaron silenciosos un largo rato, mientras la roja venturilla tembladora como llama de fuego, desde la copa del árbol repetía: "¡Sañá! ¡Sañá! ¡Aléjate, Señor! ¡Aléjate, Señor!"

IX.

EL LUCERO DE LA TARDE. (1)

Van los ex-reyes por estrechas cañadas donde mansamente corren las aguas cristalinas del Río de las Flores, (2) donde al chocar contra las blancas piedras las aguas murmuradoras cantan. Hermoso país aquel donde el céfiro tibio abriga con sus alas las almas que viven bajo el amparo de la Luna, la diosa virgen que majestuosa se levanta en el oriente despertando en los corazones un sentimiento religioso, que intensifica, cuando el blanco disco, todo entero, con su plateada luz ilumina los bosques y cañadas, mientras el poeta de las selvas americanas, el cenzontle, canta sus sentidas estrofas lleno de inspiración y de dulzura.

Hermoso país aquel, donde, en la mañana, cuando es muy suave el calor del sol, se miran los picachos cubiertos de ocotales, y los riscos de basalto, negros, azules y verdes, firmes sobre el abismo, en tanto que el águila con su vuelo perezoso escudriña cuidadosamente sus dilatados dominios!

Hermoso país aquel, donde, en el fondo de las alegres cañadas, corre cantando el agua, á los pies de los soberbios ahuehuetes, los viejos árboles de las canas blancas que vieron las remotas edades del mundo.

(1) Yaka dini Kano.—Quetzalcoatl.—(Venus).

(2) Saña mini yuta ita-yucu muncot yo yucu huichi chaa isa. —(Anot.)

Por este país van los peregrinos. Llegan á una cristalina fuente, donde se retrata el azul del cielo. El consabido grito, lleno de piedad y de dolor se escucha: —"¡Señor de estos dominios, devolvednos nuestro reino!"—Y el rumor del agua que corre entre las guijas blancas repite:—"¡Viajero: marcha hacia la cueva donde se hacen ofrendas á la Luna, á la desembocadura de las cañadas donde en la reciente hondonada se ven los peñascales blancos!" (1.) Y los peregrinos marcharon con alguna esperanza hacia Ñu Yoo, la tierra de la Luna, la cueva sagrada, la primera en la región santa de las "Siete Cuevas."

A la entrada de profundas cañadas, donde convergen las aguas que corren hacia el mar, imponente se levanta la montaña de la muerte y de la luna llena. (2) Aquí es donde durante centenares de años se pronunciaron oráculos, cumplidos todos por la voluntad de los dioses.

Entra el sacerdote máximo revestido con los atributos del Sol y de la Estrella de la Tarde y dice:—"¡Oh dioses de los muertos! ¡Oh Madre Luna! ¡Soy un viajero que viene por su reino! Concededme esta gracia ¡oh alma mía!"—Repite por tres veces su ruego y escucha la sagrada voz que dice:—"¡Viajero: invoca al occidente!"—y la divina voz se apagó, quedando sólo el extraño silencio de los templos.

Tristes los reyes conferencian y salen á la luz. Era

---

(1)—Hua-yuta ño huiyo-cahan di cu. A mini yaa.—En la cañada, en el río donde se hacen ofrendas á la Luna, donde no está ancho—en la entrada de las cañadas—en la hondura nueva de las piedras blancas.—(Anotación del Códice).

(2) Yuku Yoo Cani.—En el monte de la luna llena.—Anotación del Códice en la base del glipho que representa la primera cueva del Chicomostoc.

la hora del crepúsculo vespertino:—"¡Juro por los dioses, dice Iukano, que todo esto es mentira, que he perdido mi reino por la fe; pero juro por los dioses que voy á tomar venganza! ¡Soy poderoso! ¡Alerta, Alma de fuego y Corazón del mundo, dios de los relámpagos y la luz, que vais á sentir todo mi poder! ¿Por qué si tú, lucero blanco, eres el dios de la esperanza, no bajas aquí en este mismo instante ....?"

Ñu Yoo "¡no blasfemes, Yukano, dice, no desesperes de la divinidad, teme á los dioses......! ¡Oh dios grande, oh dios magnánimo, oh blanco lucero de la tarde, ayúdanos! El pueblo fiel que nos queda, el que huye por las montañas, se muere de hambre, de enfermedades y de terror; ayúdanos......!"

En esto, enrojeció más el horizonte, los bosques se colorearon de carmín, y entre misteriosa nube de gualda, de pronto apareció el dios de la luz con toda su hermosa, con toda su divina majestad.

Era un hermoso viejecillo de tez blanca en cuyos ojos brillaba la dulzura. En su cabeza, hermoso airón de finísimas plumas de quetzal que cae suavemente á la espalda sobre un capillo de carmín franjeado con el azul de los cielos. Un camisolín de rojo y oro con las volutas del viento, símbolo de la patria en que mora. Riquísimas sandalias calzan sus pies. Lleva á la derecha el abanico del viajero y á la siniestra el sagrado bastón del caminante.—"¡Aquí me tienes"—le dice al sacerdote.—"¿Por qué ¡oh mortal! desconfías de la bondad y la sabiduría de los dioses? ¿Por qué desesperas?"—Atónitos, los peregrinos le miraban, mientras un fulgor de amor y de esperanza centelleaba en sus apacibles pupilas.

—"Tened paciencia y seréis felices algún día. Sed religiosos y humildes y seguid al occidente por el cami-

no que el cielo nos ha marcado. No desesperéis de la justicia de los dioses, recordad que soy un caminante que lleva la misma ruta, y no desespero; con paciencia y humildad me voy al cielo de nuestro padre el Sol. Me voy á Tlapallan la hermosa, donde moran los celestes artífices, y llegaré algún día á la patria azul donde se abren las corolas de oro. ¡Adiós mortal, no desesperes......!"

El cielo obscureció de pronto. Huyeron los celajes de carmín, y en el fondo de un cielo azul purísimo y tranquilo, más blanco y más hermoso, apareció brillando con todo su esplendor el Lucero de la Tarde.

Los ex-reyes marcharon silenciosos; pero el alma de Iukano, presa de sentimientos dolorosos, apuró el licor de los dioses y de los hombres. Loco y sin sentido lloraba como un niño porque se había desvanecido el último rayo de esperanza para recobrar su imperio. Después, resignado con su suerte, elevó sus preces á la memoria de sus antepasados, convocó á los fieles que le quedaban en el imperio y se resignó á emigrar de su adorado suelo.

X.

EN PAIS DE ALACRANES.

MARCABA la cuenta del tiempo, siete casas, en la lejanísima historia de la era divina, cuando los peregrinos marcharon hacia extranjeras tierras.

Llevada la noticia por los vientos de la noche, llegaba hasta las más remotas chozas en el corazón de las montañas. "Los antiguos reyes marchan" y por las quebradas de la sierra y por los ásperos breñales salen los piadosos hijos fieles, engrosando cada vez más la caravana de los desterrados de los dioses. Mujeres, niños, mozos, ancianos y enfermos, todos los hombres de buena voluntad quisieron seguir la suerte de sus antiguos reyes.

Pasaron días y vinieron noches y largos días más. Iukano tenía cada vez un aspecto de santidad y resignación. Así pasaron por las verdes campiñas y los frescos montes cubiertos de palmeras que sonaban sus rígidos abanicos al soplo del aura. La tierra era amarillenta y roja. Diversos paisajes se sucedían los unos á los otros y diverso ambiente saturaba el aire.

Las cuestas de fragosos senderos torturaban las plantas de los viajeros. Cuántas veces las filosas guijas desprendidas á millares de altísimas montañas, parecían hacer imposibles los caminos; pero el dios de la esperanza infundíales valor para seguir adelante, y allá, en la cumbre de la montaña, el claro portillo de la

selva formado entre dos picachos les invitaba alegremente para llegar á él. ¡Adelante! decían los corazones. ¡Un esfuerzo más! y el verde portillo bañado por la luz del sol se acercaba teniendo como fondo un jirón azul del hermoso cielo.

Caminaban los viajeros hacia el país que canta. Iukano hacía constantes sacrificios al genio de la tierra, al Sol, á la Luna y al Lucero de la tarde y los augurios parecían serle favorables; pero qué largo era el viaje. Pasarían años y más años, antes de llegar á la región donde se muere el sol, tal vez los niños de hoy llegarían á viejos. Sembrarían el suelo extranjero con sus huesos, y su carne convertida en flores; tal vez satisfarían sus gustos las generaciones venideras; pero ellos, los sacerdotes, teniendo en sí el hálito de los dioses, serán inmortales y llegarán al fin de su destino si la paciencia y la piedad los acompañan.

De tiempo en tiempo, la inmensa caravana deteníase para hacer provisiones, cultivar el campo, curar sus enfermos y reparar las fuerzas. Señales de ello dejaron en los grandes campamentos donde levantaron improvisados altares y guardaron los huesos sagrados de los vencidos, por los años y las enfermedades, por el cansancio y el rigor del clima.

En cierto día llegaron á la cumbre de un monte, donde todo convidaba á descansar. Límpida corría el agua en pequeños arroyuelos al pie de los encinos negros. Las palmeras ofrecían sus maduros frutos y el poleo aromatizaba el ambiente. Aquel olor de la húmeda tierra, aquel campo de flores silvestres, donde las corolas azules y rojas, blancas y amarillas, alfombraban el suelo, y el itzote, de distancia en distancia, flaco de tallo, sosteniendo en la punta su manojo de hojas á la manera de un sol verde, mostraba los racimos de

las flores blancas, alabastrinos pétalos de la más blanca cera.

Es preciso descansar y reparar las fuerzas, dijeron los viajeros, y en un rato de alegría, las flores del madroño adornaron las sienes de las doncellas, y el *itanduco* con sus trompetillas de amarillo y rojo pasó de mano en mano como el símbolo de la fraternidad y del cariño.

En la noche, una racha de tibio viento trajo aromas delicados y otra racha más vino á confirmar que estaban los viajeros en diversa tierra, ya lejos de la patria; ¿pero qué tierra era esa del tibio ambiente y los delicados aromas? Pronto lo supieron, era la tierra del *tisumá pequeño*, el animal sagrado que se enrosca y pica si el hombre tiene ligero pensamiento del pecado. El diminuto animal, imagen de aquel grande que se enrosca en el cielo allá en la lejana tierra adonde se esconde nuestro padre el Sol, y la tierra, la pequeña tierra, un pobre remedo de aquella adonde todos iban, donde acabarían los sufrimientos y los dolores. En efecto, cuando la tarde comenzó á caer y las teas alumbraron los montes, pasaban sobre las secas hojas con sus enroscadas colas, lentamente los alacranes, grandes unos como las palmas de la mano, otros pequeñitos y vivaces, con sus agudos garfios en la punta de la cauda; pero ningún ser humano había en las solitarias regiones. Solamente el gruñido del puma interrumpía el silencio y la gritería infernal de los coyotes en la espesura de la selva. De vez en cuando las luciérnagas alumbraban con sus verdes linternas, y el grillo entonaba tristemente su canto lastimero.

¡Preciso es descansar después de tantos sufrimientos y fatigas en este precioso sitio, linderos del país que canta!

XI.

LA TIERRA QUE CANTA.

Levanta el campamento el pueblo peregrino y sigue por estrechas cañadas y murmuradores arroyuelos, que cada vez engrosan su caudal para depositarlo mansamente en un río grande. A medida que avanzan, el paisaje cambia. En el fondo de las cañadas, la vegetación es exuberante y prodigiosa; arriba, en las lomas cercanas, la aridez completa. Abajo, los frutos dorados por el calor del sol en las ramas de copudos árboles, la fruta de pulpa blanca y suave que duerme tranquilamente al pasajero á la hora de la siesta, el zapote negro que cae pesadamente al suelo cuando ya no puede sostenerse en su ligero piececillo, y el mamey que presenta sus ventrudos frutos bermejos, como un ejército de enanos agarrados á las ramas del árbol. El *chicozápotl* guarda su deliciosa pulpa, y el papayo ofrece sus frutos de oro. En el agua que lentamente corre y al parecer está estancada, crece el verde *tollín* entre cuyas hojas, rectas como puntiagudas espadas, juguetean millares de mariposas de todos colores, azules, verdes, amarillas, rojas, con infinitos dibujos en las alas, y las veloces libélulas que pasan zumbando como diablillos inquietos con sus rígidas y transparentes alas. El venado, confiadamente llega á apagar su sed ó tranquilo pasta en las laderas de las lomas, y el puma estira sus patas entre el verde zacatón, satisfecho de

su vida solitaria. Arriba, los basaltos rojos y los manchones de zarza esparcidos como las flores de la piel del tigre. Los cereus gigantes que elevan al cielo cien candelabros á la vez, ó más, sostenidos por un tronco viejo. Los montes semejan inmensos erizos echados en la tierra, con los rígidos pelos al infinito. Inmensos erizos que en manada parecen descansar á la margen de los ríos, con sus púas de órganos y su piel de basalto. Escápase á la pluma este conjunto de naturaleza derrochadora, de dones naturales; pero ni un ser humano por aquellos contornos, en donde giran veloces los pájaros carpinteros tronando con sus picos las cortezas secas, mientras la amarilla calandria asoma su cabecita en el saco largo que le sirve de guarida.

Todo convidaba á pecar en este edén de gula; pero el ejército santo con sobriedad pasaba y con dulzura, entonando cantos religiosos cuyos ecos repercutían en las áridas lomas como los ecos de las lejanas tempestades, y los dioses velaban sobre sus cabezas para probar su religión y su amor.

De repente, sobre un gigantesco órgano, escuchóse la voz atimbrada de un tenor, y el áureo canto de robusto barítono contestó en la lejana loma, después un soberbio coro hizo vibrar las montañas y se produjo entonces una majestuosa sinfonía.

Pero ¿quiénes cantan? ¿Qué dicen. . . . ? Ser humano no se ha visto por aquellos contornos, y sin embargo, cantan, y cantan en el mismo idioma que el ejército santo.

¿Escucháis? Los tenores repiten el himno, contestan los barítonos con su voz de oro, y los bajos con estentórea voz, forman el cuerpo sinfónico, acompañados por el choque del oleaje; pues el ejército santo ha llegado á un fértil valle en cuyo centro corre caudaloso río.

¿Pero qué dice aquel misterioso coro? ¿Escucháis? Claramente se percibe:

"Por tí flor divina,
mi bella ilusión;
racimo de oro
del verde maguey,
entona piadosa
su himno esta grey!
Escucha, alma mía,
mi triste canción."

El ejército santo, á su vez repetía el himno, y así siguieron su camino, mientras los exploradores subían por las lomas buscando los misteriosos artistas; mas después de fatigosa marcha volvían diciendo, que los cantores, al parecer vivían en las ramas de los árboles, y que apenas el ojo humano los descubría, transformábanse en pequeños animalitos de alas transparentes y plateadas que emprendían la fuga para seguir cantando en árboles lejanos, muy lejos de la curiosidad de los hombres. ¡Ti Dzabi! dijeron los hombres, los seres que llaman las lluvias en la tierra de los calores sofocantes.

Después, vieron los hombres del ejército santo, que no solamente aquellos seres misteriosos vivían por esos lugares, sino otros también de alitas de oro y atornasolados pechos que ansiosamente batían sus alas encima de los quiotes, alrededor de las flores de maguey que sacudían sutilmente su polen amarillo.

En uno de aquellos días, comentando el nunca visto suceso, estaban los tres sacerdotes, cuando vieron por estrecho sendero que se acercaba robusto caminante con el rojo bastón, símbolo de los dioses.

—¿Quiénes sois, caminantes?—dice el extranjero—¿Adónde vais?

—Somos sacerdotes peregrinos, antes poderosos y hoy servidores de los dioses, "que vamos con nuestro pueblo de yahuis (hijos del maguey) (1) hacia los montes de las auroras y los árboles de luz. . . ."

- Bien, buenos hermanos, yo también voy al cielo de la Luna (2), donde hay hermosas plumas y altísimas montañas en cuyas ondonadas crecen extrañas flores y corre el rey de los ríos, el mar. . . . hacia la cañada de los cálidos montes cuya semejanza es esta tierra de bendición. . . ." si queréis, os acompañaré al templo del Señor, nuestro padre el Sol, dueño de estos lares."

El personaje misterioso agregóse al ejército santo y siguiéronse hacia el templo del Sol en la tierra que canta.

---

(1) —Sañuy co yau-chitan ka ka-yuku ini yaka-ka a chij nu yaa. (Anot. del Códice).

(2) — .... iu yoo..... cutihua co u cu c...... y-yucu uta m...., i yu ita-a yua Iatoo-it to. nc.-it to. nc.-ii-nu yucu cay ...... yuhuiti-ni cacu, ... i miu ñuu u yuhua-t-a-a. (Anot. del Códice).

XII.

EN EL TEMPLO DE YAHUI.

PASABA el ejército santo á las orillas del caudaloso río, cuyas bravas ondas se estrellaban en las riberas, y se aquietaban en los remansos.

Ñu Kuá, To Yoo y Iukano marchaban con unción religiosa guiados por el extraño personaje que de extrahumano algo tenía en sus reposadas conversaciones, en sus filosóficas sentencias, en sus estrictas ceremonias y sus cantares á la Divinidad.

—"Hermanos—decía,—yo viajo por deber y visito á los dioses por piedad. Soy de un país lejano, muy lejano, y cuando puedo hacer el bien á mis hermanos, los hijos de esta tierra, los ayudo con toda la fuerza de mi alma, porque la ayuda á los demás, la enseñanza al ignorante, la felicidad del desgraciado, es un santo amor. Los buenos consejos á los soberbios infiltrándoles el amor á sus semejantes, enseñándoles la bondad y la sabiduría son el bálsamo más preciado de los hombres."

"Hermanos, comprendo que sois justos, que sois santos, por eso vengo á vos para aprender á ser justo, para aprender á ser santo y servir así á todos los hombres de la tierra . . . . . "—Así hablaba el ilustre viajero, y los reyes lo escuchaban con religioso arrobamiento.

Llegábase el extranjero á los fatigados, y alentábalos para la resistencia, y lo más singular era que cuando

los tocaba con su mágico bastón, los fatigados se sentían fuertes, los enfermos mejoraban de sus males y los ancianos alentaban á los jóvenes con la arrogancia varonil de los veinte años. Enseñaba á los jóvenes los preceptos de la religión y los secretos de las artes en los campamentos. Gran madrugador, despertaba á los labradores conduciéndoles á sus sembrados, postrándose de hinojos al salir el sol.

Así llegaron hasta la puerta del sagrado templo. Era éste la inmensa boca de una cueva en cuyo fondo negro entraron los viajeros, quedándose los hijos del ejército santo en el centro de aquel valle donde por tanto tiempo habían caminado.

El pueblo cantaba:—"Aquí vive el Señor de la cañada que busca nuestro pueblo, y nuestro rey."(1) "Aquí mora el dios Yahui, en esa cueva, el dios de la tarde y flor del corazón ....."

¿Qué hicieron allá los peregrinos? No se sabe. Lo único que la tradición recuerda, es que brilló el relámgo y las divinidades del cielo y de la tierra, de la luz y de la tarde, aparecieron en un instante, que el viajero misterioso despareció como por encanto, dejando oír una celeste voz que decía:—"Ya eres bueno, Iukano, sigue por el camino de los dioses, ve á la región de Yahui al templo del Sol y de la Luna y serás feliz.."

Cuando los peregrinos salieron de la cueva, el cielo estaba sereno y en el fondo azul se dibujaba esplendoroso y bello el blanco lucero de la tarde.

Iukano siguió su camino de oraciones y piedad, y se sentía más fuerte cada día, fuerte y temerario como los valientes tigres que le arrebataron su reino; pero fuer-

---

(1) —Yaa chitondua anini chi to ni ñu.... jau cuasa-Cahua co ídolo Yahui ita ino .... c ton."—(Anot. del Códice).

te por la piedad inmensa que ahora anidaba en su alma y por la bondad infinita que el misterioso compañero infundiera en su corazón.

Así pasó con su ejército por estrechas gargantas, formadas de altísimas moles de basalto que parecían tocar el cielo, y en cuyas cimas había figuras caprichosas, que simulaban hombres, águilas y leones que parecían precipitarse al abismo. A veces un gran peñasco próximo á descender, ó una esfera que iba á desprenderse ya como gigantesca bala, mientras de los agujeros de las rocas, asomaban sus cabecitas pardas el sagrado cuetzpalin, ó las iguanas perezosamente abrían sus fauces mirando de reojo á los viajeros.

El ejército santo se movía lentamente hacia las montañas blancas cubiertas de nieve, y cada tarde ó cada mañana la vigilaba su hermoso amigo, su misterioso dios desde el fondo azul del cielo.

El clima, la naturaleza, todo había cambiado ya. Al país de los cantores, sucedió el país frío, el país de las heladas y de las nieves. En lugar de la exuberancia, la aridez, y millares de especies de la planta sol, el sustento de los pobres por campos y por montes; los sobrios viajeros pasaban cantando las oraciones de los dioses sin cuidarse de los bienes terrenales. Ellos iban hacia la región del oro, de la felicidad y del amor.

XIII.

¡NO MATARAS!

Queriendo probar los dioses la fuerza santificada de Iukano, cuando éste caminaba por las frías regiones y los montes nevados, llegó á sus oídos que un rey conquistador se acercaba arrasando sembrados y destruyendo pueblos. Temerario rey venido de ignotas regiones no respetaba templos, ni divinidades del cielo y de la tierra, era un poderoso Rey Tigre venido del oriente á quien nadie lo detenía en su marcha.—"Corramos á él, se dijo el peregrino, y libertemos á los inocentes!"

Próximos al asalto, el temerario conquistador se le aparece al frente de un gran pueblo, cuyos habitantes lloraban pidiendo gracia; pero el ejército, lleno de rabia y de furor, no accede obedeciendo el imperioso mando. Iukano rompe las filas con su ejército inerme, y los guerreros asombrados le abren paso. Llega al frente del rey conquistador, abre los brazos y póstrase de hinojos:—"¡No matarás!" le dice. "Teme á los dioses, poderoso rey, y sé justo para alcanzar la felicidad de los pueblos. ¿Qué males te han hecho esos millares de creaturas, esos inocentes que pretendes sacrificar, cuando todos se entregan voluntariamente bajo el amparo de tu poderoso brazo? ¿Qué males te han causado? ¡Responde! ¡No matarás, poderoso rey; no matarás! Antes pasa sobre el cadáver de este hombre pe-

nitente que antes fué el más grande de los reyes del mundo, y que ahora es el más feliz entre los humildes, porque quiere cumplir la voluntad de los dioses. ¡No matarás, poderoso rey! Ama á tus hermanos y consuela á los afligidos, sé bueno y serás dichoso......!" Así habló Iukano, libertador de pueblos, y siguió su camino de paz arrastrando tras de sí al poderoso rey en nombre de los dioses.

Los pueblos que atravesaban eran ricos, y los invasores, sedientos de oro y de riqueza, desparecían como por encanto, y al fin huyeron con su capitán sin que nadie supiera cuándo ni cómo. Era que el dios Sol probaba el alma de Iukano, y en persona se hubo presentado ante el penitente; pero Iukano ya era bueno! Iukano ya era grande!



Allá en lejanas tierras, el rey de estos lugares, buscando augurios en los sacrificios, vió en su imaginación como una revelación divina, á unos reyes santos que pasaban por su imperio predicando la paz, la resignación y la constancia, reyes santos á quienes príncipes y reyes, todos los poderosos, el mismo rey Sol en figura humana, descendía á la tierra á rendirle sus homenajes.—"¡Pasad, santos varones, y seguid hacia el reino de luz donde el oro vuela en el espacio en impalpable aurora! ¡Pasad, reyes santos, predicando la moral al pueblo, y que la gente buena os acompañe!"

Y Iukano pasaba con la vista al suelo, humilde y resignado, sin pensar en las riquezas de este mundo, predicando la humildad y la constancia, mientras los reyes de la tierra, los príncipes y señores, salían por los caminos principales presentando sus bastones de oro en señal de sumisión y de respeto, mientras el pueblo

de los hombres buenos se agregaba al ejército de paz que recorría el mundo cantando himnos religiosos!

Iukano hacía frecuentes ceremonias por las almas de los antepasados, por la tierra y por el sol, mientras los grandes, los orgullosos por la fuerza bruta, conquistaban los pueblos, derramaban la sangre de sus hermanos, sin respetar ni templos ni lugares santos; pero los dioses, que todo lo ven y lo juzgan, se encargarían de castigar la soberbia, abatiendo para siempre su orgullo.

Iukano seguía tranquilo, camino de occidente, guiado por sus dioses tutelares, fijos allá en el firmamento, el águila que abre sus alas y rectamente se va á hundir dentro de los mares, en donde llegaría él algún día. Así estaba decretado por los dioses, y seguramente esto tendría que suceder.

¡Pasad, reyes santos, y seguid al reino de la luz, donde el oro vuela en el espacio en impalpable aurora, y vosotros, ¡oh poderosos reyes de la tierra! no derraméis más la sangre de vuestros hermanos!

XIV.

SACRIFICIO Y RESURRECCION.

Hay hacia la mitad del camino de la tierra, y en la región occidental, un suntuoso templo que divide tierras y tierras; al oriente quedan los pueblos civilidos y humanitarios, entre cuyos habitantes, el sacerdote peregrino viene caminando y haciendo sus prédicas de moralidad y de justicia; pero después de caminar hasta la mitad de la tierra, llega á la región de los países bárbaros y sanguinarios. El sacerdote rey no tuvo miedo y entró valiente, llevando la luz del saber y predicando sus doctrinas, levantando templos al lucero de la Tarde, á los divinos árboles de Yahui, del cielo y de la tierra; enseñando el culto de los antepasados, el movimiento de los astros y el culto de la naturaleza; pero el país era salvaje y duro; y los dioses, los reyes y los hombres sanguinarios y crueles. Así fué, que era el tiempo, cuando esto sucedía, en que terminaban cinco grandes edades del mundo y con tal motivo, celebrábanse las fiestas de los siglos, encendiendo el fuego sagrado. El predicador que llevaba el bastón azul de los cielos y las dos flechas del oriente, símbolo de la luz y de la verdad, había pernoctado en la "gran cueva del sol y de la tierra," cuando saliendo del fondo el genio del lugar en medio de un profundo sueño, "arrancóle el corazón," y la sangre del peregrino santo manchó el suelo del tenebroso recinto.

Los sacerdotes infernales le tributaron las honras fúnebres de religión y guerra, y el ejército santo lloró sobre su tumba. Fué entonces cuando Iukano llegó á la perfección completa, (1) porque de su sangre, dice la leyenda, brotaron misteriosos seres de figura humana, y cuando los jefes y guerreros llegaban á ofrecer ofrendas con sus arcos de guerra sobre la tumba del santo peregrino, cuatro niños resplandecientes y hermosos estaban sentados majestuosamente sobre sus pequeños tronos en la sangre del peregrino rey, tan hermosa y tan fuerte, como las murallas de las regias mansiones. Y fué así como aquellos príncipes, Tnu Anini (el árbol de la tarde), Iukanolú, (Iukanito), Iaka lú, (lucesita) y Ñu Luli, (el niñito), llegaron á reinar en aquellos pueblos bárbaros é implantaron la religión de su sagrado padre. Pero de aquella gloriosa tumba no solamente nacieron los príncipes reinantes que gobernaron aquellas regiones, sino que no guardó más los restos de Iukano......!

Cuenta la tradición que vieron á los reyes santos con su ejército, caminando por las cumbres de las montañas, en el corazón mismo de los pueblos bárbaros predicando su doctrina, su ciencia y su justicia; cuenta la tradición que lo vieron en llanos y cañadas estableciendo pueblos y fundando templos, camino de su patria, la región de la luz; cuenta la tradición que lo

---

(1) Texto del Códice.—Iukano nu indihui-ya..... u yucusa-sanito yuhua yiu sañu ŏ yuta yosoyayu yta uhua yucuta ditinu yoso tosi, sahui-yucununi-ni quiti nu hu yu cuñunda-y-nino ni tohu yu cahua.—Donde Iukano subió al cielo (se divinizó), por las barrancas y las cumbres de los cerros se fué con su pueblo y sus dioses buscando su flor (su patria), por los antiguos montes de los reyes de la lluvia, montes de maíz y de animales de caza hasta las cañadas peñascosas.

vieron en los montes del maíz salvaje donde hay animales de toda especie, hasta el último lugar de la tierra, en un lugar lejano de occidente que los naturales del lugar le llaman Coloacán, la región occidental donde muere el Sol.

En el templo de Coloacán, Iukano dejó las flechas del oriente, símbolo de la luz que nace, y empuñó el arco de guerrero, dirigiéndose á la orilla del mar.

En el templo de Coloacán dejó sus insignias de sagrado sacerdote, y por muchos siglos las vieron las generaciones que pasaron; y todas aquellas tierras que pisó el resucitado, el santo varón de la región ñusabi, se volvieron importantes ciudades, cuyos restos se admiran todavía. El fuego de los cielos fecundó la tierra, y fué más próspera y feliz la vida de los hombres en aquellos lugares.

Los sacerdotes santos llegaron á la orilla del mar, y el templo del Sol se dibujó en el horizonte en medio de las aguas.

XV

LO QUE ES LA AURORA.

Allá en el término del Yuta Kano (agua grande, el mar), donde se junta el cielo con la tierra, sobre el cielo hay un jardín de eterna primavera, el jardín de los dioses, ahí hay reinos extensísimos y un inmenso mundo, el mundo de los inmortales donde solamente llegan los enviados divinos. Tan grande es, que apenas la tierra es débil semejanza, y los pobres seres que aquí viven, si son justos, valientes y buenos, les tocará algún día llegar á la patria de los antepasados; pero si no son buenos, ni valientes, ni justos, se irán á confundir á la región de los muertos donde no se resucita jamás, y por piedad y por amor solamente, les llega algo del calor del sol, del otro lado de la tierra. Por eso vemos á nuestro padre el Sol salir por el punto opuesto al lugar en que se oculta. Los dioses son buenos, y el padre Sol va al país frío á comunicar algún calor en las tumbas de los que no podrán resucitar.

El que es piadoso lo ha visto. Cada día el sol brota en el oriente radiante y bello, "es nuestro Señor." (¡To Ian! Totec!) dice el pueblo, y Totec sale de las azuladas aguas de los mares cubierto de conchas marinas y plumas sagradas, que las pobres almas le han arrojado en señal de gracias cuando riza la superficie de los mares! "¡Gracias, Totec, eres noble, eres gran-

de!" dicen las pobres almas, y Totec enternecido y bueno mira hacia el abismo, y con las manos al pecho contempla á las pobres almas allá abajo, mientras los dioses que viven en el infinito azul le envían cascadas de oro en impalpable luz. Esta es la región del oro, esta es la aurora. ¡Pero el Sol tiene un deber grande: alumbrar á sus hijos que tocaron tierra, y emprende la carrera, desde el pie del cielo, con su ejército de "caballeros águilas" y de "caballeros tigres" que blanden sus mazas y empuñan sus lanzas, cantando su himno de guerra, hasta que fatigado, se transforma en el dios rojo, To Iaka, (Tonatiuh) en la mitad del cielo, y es recibido bajo un palio de oro, tejido por las mujeres que murieron dando hijos para defender la patria!

Tonatiuh sigue por el camino de la luz hacia el occidente, y cuando llega á tocar el agua de los mares, entra á ella, jadeante por la sed del largo camino, bebe el líquido elemento, se baña en las azules ondas y se va á alumbrar el país de las pobres almas, mientras los dioses que viven en el azul del cielo, le envían cascadas de oro en impalpable luz. ¡Esta es la aurora! Pero el oro de los cielos no puede tocar la tierra, llega y se va, la tierra es de pecado, de injusticias y de tiranías, no puede tocar lo puro y santo á lo impuro y malvado, por eso es que se vuelve á la mansión celeste. El oro que los hombres tienen lo han traído los artífices del cielo, y el oro quiere irse, y se va al fin, confundiéndose en el seno de las rocas, huye por los arroyos y los ríos, que lo llevarán al mar siguiendo el camino de su patria.

Lo divino no puede tocar lo humano. En la noche silenciosa y de un purísimo azul turquesa, cuántas veces el teocuitla de los dioses, (1) ha surcado el azul

(1) Teocuitla, excremento de dios.

como antorcha de oro, y cuántas veces el feliz mortal lo ha visto caer en un lugar, allá en la montaña, al pie del árbol, cerca de su casa, y le ha dicho á su compañera: ¡Florecita! ya somos ricos, al lado de nuestra casa ha caído el oro de los cielos! y al rayar el alba, cuando el oro de los cielos llega en impalpable luz, allí en el lugar, cerca de la choza ha encontrado un montón de mica (yihui dini) que en efecto brilla, cuyo polvo resplandece, pero que en ello se ha transformado al caer del cielo!

Llega Tzontémoc, el sol poniente, á beber el agua de los mares, cuando en las playas del Coloacán, To Iukano, nuestro Señor y Gran Luz, de pie, empuñando su arco de guerrero "contempla al Sol," su igual, y el Sol, atónito le mira entre nubes de oro. Cuenta la tradición, que el carmín de los cielos era más vivo, el azul más puro, mientras las ondas de los mares se revolvían de contento en aquel sitio, y se dibujaban otras apacibles en el horizonte. Y vió To Iukano, el Rey Luz, cómo el otro rey se hundía en los mares, se dibujaban las grecas, ya parecía divina su real mansión, mientras los dioses que moran en el azul del cielo, le enviaban oleadas de oro en impalpable luz!

———

XVI

UN SOL FRENTE A OTRO SOL.

El sol occidental se hundía entre oleajes de oro, y To Iukano, el nuevo Sol en forma humana, estaba de pie sobre las playas del mar. Una estela de fuego señala el camino. Por esa estela debe pasar To Iukano á la conquista del gran Coloacán para llegar al país que canta, al país de la luz, de las flores bellas, del abundante maíz y de los animales hermosos.

Arrójase Iukano á las aguas de los mares, las aguas de los mares le abren paso en el seno de su negra sima. El ejército de los reyes santos alcanza las regiones del Gran Coloacán, donde la luz de oriente se junta con la luz occidental, donde dan vuelta el sol y la luna para ir á alumbrar la región de los muertos, donde las estrellas pasan rizando la superficie de las olas.

Cuando el ejército de los reyes santos llegó al Gran Coloacán, pasaba el "Tisumá," el escorpión que enrosca su cola en el azul del cielo, mientras "El Aguila" aparece esplendorosa en el oriente.

Era preciso ir á la conquista del oro, que estaba más allá, y el gran ejército se lanza como un huracán devastador, y el oro de los cielos es en su poder. Al fin vence á sus valientes guardianes, y triunfante Iukano, el nuevo Sol entró al país azul de los árboles de oro, llegó al país de los cantores donde reina la eterna felicidad para los hombres buenos, para los valientes

y constantes que van en busca de su preciada flor, su patria.

Pasaban los guerreros, y las "señoras de la patria" acompañando á Tzontémoc, cuando éste se hundía en el agua de los mares y pasaban así los numerosos ejércitos de hombres esforzados, hasta que allá, próximo á la región de las sombras, venían los "caballeros águilas" á cuyo frente se incorporó Iukano con el ejército santo, y está sentado en su sitial, donde algún día le veremos, con toda la majestad de un dios! Los hombres de la tierra lo miran, y por él cuentan sus siglos y edades. Alguna vez tocará la tierra, y los hombres del oriente llegarán á ser los dueños y señores de los imperios de este mundo!

RECAPITULACION.

El cielo y la tierra. Los astrónomos indios creían que la tierra era doblemente plana; que estaba en el centro del universo, y que el sol, la luna, los planetas y las estrellas se movían en diferentes planos en el cielo obedeciendo á una voluntad suprema, el dios del norte, Corazón del Mundo.

La tierra, siendo doblemente plana, estaba ocupada en la parte superior por los hombres, descendientes de los guerreros celestes, y la parte inferior por las almas de los muertos, que no sirvieron á la patria.

Los cielos estaban poblados también de seres de figura humana, y había instituciones semejantes á las instituciones de la tierra. Los seres del cielo caminaban en una gran elipse, y pasaban rizando la superficie de los mares, saliendo por el oriente, llegando á la parte más alta, y descendiendo en occidente fatigados del trabajo diario. El dios Sol es un ejemplo.

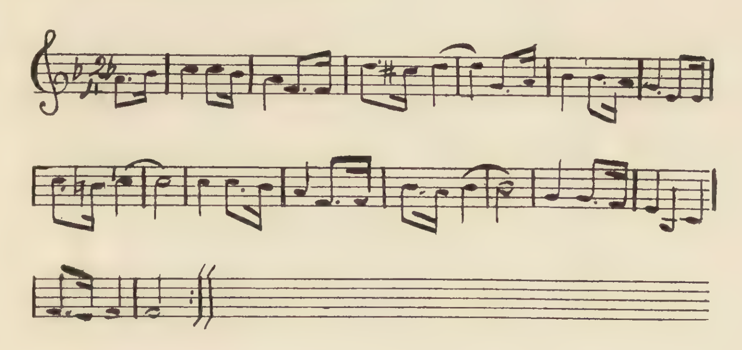
Los reyes de la tierra. El rey del cielo mueve el universo, los reyes de la tierra mueven los hombres. Cada rey tiene sus poderosos que lo acompañan y sus descendientes de algún grupo de estrellas del firmamento, donde están marcados los lugares de proce-

dencia, así el Cólotl del cielo, que se oculta en occidente, (Cólotl, la constelación de Escorpión) da nombre á los occidentales ó coloacanos, los chanes ó culebras toman su nombre de alguna constelación, tal vez la misma serpiente de los griegos, y así en adelante. El rey de la tierra es la representación del sol, porque de él viene. Es divino, y puede alguna vez convertirse en sol. El hombre no lo mira de frente, porque mirar á la divinidad de frente es sacrilegio. El mismo rey se oculta de las miradas de sus vasallos, y éstos saben que existe, por sus mandatos, que son leyes imperativas y sagradas. Los reyes de la tierra son á la vez sacerdotes, los guardianes de la ciencia que recibieron del cielo, son los interpretadores de los oráculos. Hechas estas aclaraciones, volvamos al asunto principal.

Ino Andehui. (El Corazón del Cielo). Yo creo, lector, que ya has adivinado esta gráfica ingeniosa de la historia del mundo y del universo, formada según el pensamiento y el sentir del corazón del indio; pero si no es así, óyeme:

—Allá en el norte, y sobre la misma tierra, hay una inmensa montaña verde, que alimenta gigantesco yahui (*ia*, divino y *hui*, planta). En su quiote está prendido un ojo, la estrella polar, y el quiote sube por el infinito azul, abre los brazos en cruz, y muestra al mundo sus botones de oro, las estrellas circumpolares que están esparcidas en el cielo. Esta es la planta, alimento de los dioses. El cielo está sembrado de multitud de *yahuis;* (magueyes) en la tierra también existen, y son el alimemto de los hombres. La planta Sol, la planta divina, abre sus verdes brazos mirando al astro del día, dirige su ástil al infinito, y sus flores de oro distribuidas en cruz saludan amorosas á su padre

el Sol. Por eso el hombre la adora y el poeta canta con sus hermanas las cigarras:



"Samani, samani, samani nih!
Samani, samani, samani lú!
Ita nu yabi, nakuyumbá
Jitazanuni, sakuyulú!"

(Eres tú, para mí, mi amor, mi estrella.
¡Bien de mi vida á quien adoro tanto!
Ita nu yabi, (1) tan amable y bella,
¡Por esa á tí con mis amores canto!)

—Allá en el norte, y más acá del giganteseo yahui, está Ino Andehui. (El Corazón del Cielo). ¿No lo has visto, mortal? Pues contémplalo. En ciertas épocas cuando el cielo está sereno y azul, cuando ni siquiera una ráfaga de luna existe, Casiopea forma la cabeza, la Osa Menor las piernas, la polar el ojo inmóvil que brilla eternamente, y la Osa Mayor, el poderoso brazo que mueve el universo. ¡Ay de los hombres, si alguna vez se cansa el Corazón del Mundo! ¡La tierra toda se cubriría de sombras!

---

(1) Ita nu yabi, botón de flor de maguey.

—En el cielo del Sol, los hombres viven, son los guerreros que lo acompañan en su carrera. Los guerreros que atrás se quedan son alcanzados por la región negra, y tienen que encender antorchas para alcanzar la patria de la luz, son los luceros que corren durante la noche, y acompañan á sus hermanos, los hombres de la tierra, bajo la influencia de la negra región.

—La negra región es la boca de la gran serpiente del cielo, cuya cabeza está limitada por *siete cuevas*. (Chicomostoc). De su colmillo sale la primera caña en la cuenta del tiempo.

—Hay una época del año en la que la boca de la Gran Serpiente, aparece toda entera en la región oriental, mientras se hunde Tzontémoc en los mares para ir á iluminar el país de los muertos. Entonces á un lado del Sol, se acuesta muellemente el celeste *Cólotl*, "el Escorpión" del cielo. La boca de la Gran Serpiente, quiere alcanzar al Cólotl, y en esta lucha de fatigas y carreras, la región negra de las sombras desea alcanzar el país de la luz, el país azul de los árboles de oro donde hace su carrera el Sol, y cada año, la región de las sombras, no ha avanzado nada, y nace así el *ollin*, el movimiento eterno de los tiempos.

—Cuando la boca de la Gran Serpiente aparece en la región oriental, Iukano, la Gran Luz, es el primero que asoma en el horizonte en medio de los mares, mirando la región del Coloacán Mayor. Iukano, la Gran Luz, (DINI USHA, siete luceros, ó las siete Cabrillas) está sentado á la puerta de la Gran Cueva del Aguila. Ha llegado á ella con su ejército santo y gobierna con sus "caballeros águilas" en la carrera del Sol.

—La "Cueva del Aguila" está muy bien marcada. (Constelación de Tauro). Abre las alas y majestuosa-

mente vuela hacia la región occidental. A la puerta está Iukano, la Gran Luz, cuando Ñu Tachi, el dios del viento, (Quetzalcóatl) sale entre los arreboles de carmín á la puesta del sol, y le ordena caminar al occidente...... "¡Ve, mortal, yo voy á Tlapallan la hermosa....!"

—Atrás de "El Aguila" viene el terrible KUEÑE ITA con su atlatl al brazo (El cinto de Orión), y el *águila* vuela al occidente, porque así está decretado por los dioses.

—En el país de los *ñusabi* hay siete cuevas, es el Chicomostoc terrestre, en él viven los *mixtobiyi* (gatos salvajes); los ñusabi ó mixteca, saben por tradición que vinieron del cielo y que son los vencedores del sol.

—Cuando los luceros rizan la superficie da los mares en la región oriental, pueden tocar la tierra y se transforman en hombres. Entonces bajan con sus capitanes y sus reyes, y los hombres de la tierra, que serán fatalmente empujados al occidente, dicen:

"¡Oh, dioses! Los hombres blancos vienen del oriente, líbranos de su poder y de su fuerza. Son los soldados de nuestro padre el Sol!"

Pero los luceros tocan la tierra en lejanísimas épocas, generalmente al terminar los grandes ciclos de tiempo.

Iukano, el resucitado, como el Sol que muere y nace todos los días, está sentado frente á la cueva del Aguila, con los descendientes de los guerreros que fueron barridos en la tierra, y espera, paciente espera, con los guerreros águilas, la remota época en que baje á la tierra y arroje á los tigres que reinan, para gobernar otra vez en dinastía sagrada. Este es el asunto del llamado "Códice Colombino." La eterna renovación de los hombres caminando de

oriente á occidente sobre la tierra, empujados por las estrellas que se transforman en hombres al caer del cielo en el oriente, en lejanas épocas. Los luceros saliendo del seno de los mares con avance de occidente á oriente, forman el calendario, y con el retardo de los astros se hace la corrección de los tiempos.

———

CONCLUSION.

¡Indios! ¡Oh descendientes de los antiguos guerreros, de los que acompañaron en su carrera al sol en el país azul de los árboles de oro! ¡Oh inteligentes hijos de la tierra, que arrancásteis el secreto de los cielos sujetando al cálculo matemático el movimiento de los astros! ¡Oh poéticos genios que cantásteis la naturaleza viviente, desbordándose la belleza en vuestros libros, como el agua de los torrentes en la cascada, arrojando al espacio millones de cristalinas gotas que reflejan los colores del iris! ¡Oh hermanos, los que caísteis bajo la fuerza de la religión y nunca por la fuerza de las armas, ni menos por la falta de alma, como pensó un imbécil! ¡Oh hermanos! Hace cuatrocientos años los falsos hijos del Sol nos quitaron nuestra propiedad territorial, nuestra religión y nuestra patria! Desde entonces, la cadena para la conciencia y la ergástula para el cuerpo, fueron siempre el premio á la dulzura de carácter, á la bondad ingénita y á la santa hospitalidad, la hospitalidad que nos había enseñado, miles de años antes, el dios bueno, el blanco lucero de la tarde que brilla entre los arreboles de occidente, ó despierta al labrador al alba matutina. ¡Ay! Sólo unos cuantos héroes confundieron su sangre con nuestra sangre; pero después de ellos, *todos los ambiciosos de poder, bajo todas las banderas políticas y religiosas*, solamente han explotado vuestro valor y os

han lanzado á tapar las bocas de los cañones. Os han prometido libertad, y después de la victoria no gozáis del más mínimo derecho. "¡Es un indio!" dicen los opresores, y el indio pasa de frente con el alma dolorida. Os han prometido prosperidad, y los caciques siguen robando vuestro trabajo. "¡Al cabo es un indio!" dicen los caciques, y el indio pasa de frente con su alma dolorida. Mirando vuestras miserias, he hablado á nuestra madre común, he hablado á la montaña para que me oigan los hombres, y repito aquí: "Los indios gimen y piden auxilio, *nadie les ha tendido su mano salvadora;* cayeron en su infortunio hace cuatrocientos años, y viven porque son fuertes, porque son pacientes y valerosos, porque así les enseñó el dios bueno. Despierta, Madre Ixtaccíhuatl y vela por tus hijos......! Pero también vosotros *despertad ¡oh hermanos!* Exigid escuelas, que son el "Dios Bueno," el blanco Lucero de la tarde que llevamos en nuestro corazón. Exigid *libros* que son los Iukano que nos conducen hacia el país que canta, al país azul de los árboles de oro. Exigid *maestros laicos* que son los KUEÑE ITA de los modernos tiempos, mientras yo, hermanos míos, sigo desenterrando *nuestros libros santos*, veo á Ino Andehui que con su fuerte brazo, desde la verde montaña, mueve el universo entero, contemplo á los guerreros que corren con sus antorchas encendidas en el cielo y entusiasmado canto á nuestro padre el Sol!

Y vosotros, los que os llamáis mexicanos modernos, los que habláis de progreso y de ciencia, en "el primer año de la libertad," ayudad al indio, y proclamad en todas partes esta verdad: que no somos dignos de llamarnos mexicanos si no sentimos el alma del indio, si no elevamos su condición social, porque el indio es un ser fuerte que lleva en su corazón finísimas pren-

das de bondad y de amor, y en su pensamiento oculta la chispa del relámpago!

¡Oh dioses! sean los hados felices á mi patria y caigan sobre sus verdes campos cascadas de oro en impalpable luz!




GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00033 3464

150—

